

# Cartas a Zoé sobre religión

Querida Zoe:

Siendo tú niña me hiciste una pregunta “filosófica”: “si Dios creó el mundo, ¿quién creó a Dios?”. Pues ahí está la madre del cordero. O dicho en román paladino: de donde no hay no se puede sacar. ¿Estamos? Cierta varón sesudo y medieval (sí, ambas cosas pueden ir juntas) creyó haber encontrado la respuesta: un motor inmóvil mueve todo sin que nada lo mueva. Pero esto viene a ser como decir que el agua es lo que lleva el río. Podrá ser clara, aunque no aclara nada. Quedamos a tres velas, y añado una más para señalar que la pobreza de nuestra mente es mayúscula.

Sin embargo, tu cuestión infantil pone el dedo en la llaga. Los griegos, que se devanaban las circunvalaciones cerebrales pensando, discutían

sobre este peliagudo asunto buscando el principio del universo: que si el agua, que si la tierra, que si el aire, que si esto o aquello. En suma, materiales. Como los ladrillos con los que se hacen las casas. Los científicos actuales no van mucho más lejos. Hinchados como sapos croando exclaman: “¡Es el big-bang!”. Por supuesto, no dicen qué fue antes del petardazo inicial: ¿la pólvora o la explosión?

Eternamente tuyo.

Tu padre (criatura que fue creada por quien fue creado por quien fue creado, etc.)

Querida Zoe:

Por favor, no te asustes. Estas cartas no quieren ser un tratado de teodicea, de dogmática o bien estar escritas “a un escéptico en materia de religión”, como dijo aquel curita que solucionaba las guerras carlistas como alcahuete de matrimonios amañados entre litigantes. Claro que alguna vez se me puede ir el santo al cielo y encaramarme sobre las tejas ultraterrenales.

“Decíamos ayer” – ¿te suena la cita? - que Dios era la gran X de nuestra existencia. Los ateos, que se las dan de racionalistas, no lo aceptan ni siquiera como la primera Hipótesis. Y es que el ateísmo es la mayor de las fes dogmáticas. El creyente, como dice el nombre, solamente “cree”. Tiene su esperanza puesta en su

creencia. Pero el ateo, fatuo y petulante, desprecia lo que ignora. El hombre cuerdo únicamente puede decirse: “¡Qué se yo!”. “A mí no me pregunten”. O, como diría un bretón, “peut être oui, peut être non”.

Ahora bien, ya exista o no ese abuelito de barba blanca y tricornio en cabeza, está muy mal quitarle la limosna a un mendigo, engañar en el peso de la balanza y no pagar al fisco los impuestos debidos. O sea: no hagas como esos ratones que pecarían con gusto si supieran que no hay un gato que los vigila.

Queda con Dios.

Querida Zoe:

Un escritor, de cuyo nombre sí me acuerdo pero no viene al caso, decía que los españoles siempre andamos detrás de los curas con un palo o bien delante con un cirio. Vamos, que somos clericales o anticlericales sin remedio. Y, para llevar las cosas hasta el extremo, “meapilas” y “santurrones” contra “diablos” y “rojazos” ateos. Ahora vuelve a resurgir esa vieja polémica con motivo de la enseñanza de la religión. “Cosa privada, asunto interno de la Iglesia”. “Nada de adoctrinamiento”, dicen algunos defensores de un laicismo que toma el rábano por las hojas. Y tienen razón si los obispos aspiran a tener una avanzadilla de catequistas en los colegios. ¡Y encima gratis renunciando a su deber episcopal!

Sin embargo, la religión es una dimensión esencial en la vida humana. El ateísmo se alza contra la fe y no puede separarse de ésta igual que la sombra no puede desligarse de los cuerpos. Desde la perspectiva laica de la cultura lo “santo” posee un valor tan objetivo y evaluable como las matemáticas. La Biblia no es sólo un monopolio del cristianismo sino un patrimonio histórico de la humanidad. Un profesor puede exponer, sin apología ni crítica, las tesis marxistas. Conocer la figura de Jesús – crease o no en su divinidad – es tan importante como saber que los ángulos de un triángulo suman ciento ochenta grados. ¿O acaso terminaremos preguntando sobre quién es ese hombre colgado en una cruz en una semana de vacaciones?

Perdón, por el sermón.



Querida Zoe:

Saber dibujar, entre otras muchas cosas, es “la gracia que no quiso darme el cielo”, como dice Cervantes de la poesía. Pero tú sí tienes ese don concedido a tus manos y negado a las mías. Tal vez por ello me gustaría darte un par de ideas por si alguna vez quieres hacerlas inmortales (¡qué tontería!) en el papel. La primera es la siguiente: aula de un seminario, el profesor de teología habla y los estudiantes copian en sus cuadernos. En un rincón de la clase, de rodillas y con la cabeza contra la pared, se encuentra Jesús. Y en el pie del dibujo está escrito: “Por no saberse la lección de dogmática”. ¿Crees que exagero? Pues lee el título de esta tesis doctoral: “La extensión del carisma de la infalibilidad al objeto secundario del magisterio

eclesiástico”. No, Jesús no lo entendería. Aunque sacara sobresaliente “cum laude”.

La otra ilustración precisa que tengas en la memoria el cuadro de Goya “Los fusilamientos de la Moncloa”. En el lugar del patriota tenemos a Cristo con los brazos abiertos en cruz sin el madero. El pelotón de fusilamiento lo forman fotógrafos disparando sus chispazos luminosos para captar la escena trágica. En el pie de la imagen vendría escrito: “Semana Santa en Sevilla”. Y es que Jesús muere cada vez cuando se convierte su muerte en un tinglado banal, frívolo, un reclamo para turistas que llenan los hoteles y las cervecerías.

Querida Zoe:

Cuando un día entres en el mundo laboral lo primero será tener el árbol de tu currículum cargado con el mayor número de naranjas: título, idiomas y ¡pásmate! experiencia. Ésta es la ley del mercado. Sin embargo, no creas que hinchando el globo vuelas más alto. Yo tuve que ocultar mi condición de universitario para fregar platos en Helvecia (¿no sabes que se llama así a Suiza?). Y el rey Luis XVI habría conservado su cabeza si no hubiera escapado en un carruaje tan grande que le impidió atravesar una calle estrecha.

Pues bien, en el negocio de la salvación de las almas también la pompa y las muchas palabras dañan más que benefician. Un calabrote pasa con mayor dificultad que un hilo por el ojo de una

aguja. Puedes comprobarlo mirando estos currículos:

a) Nos D. Antonio Despuig y Dameto, por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo de Valencia, Caballero Prelado Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III y de la de S. Juan de Jerusalén, Prelado Doméstico de su Santidad, Asistente al Sacro Solio Pontificio, del Consejo de su Magestad &c.

b) Jesús de Nazaret, hijo de carpintero.

¿Alguien cree que Jesús aceptaría ser llamado Ilustrísimo, Reverendísimo y otras hierbas? ¿Es el discípulo más que el Maestro?

Querida Zoe:

La mayor desgracia del incrédulo es sentir la necesidad de rezar y no saber a quien dirigir su oración. Pero ¿no tiene el ateo sus momentos de esperanza? ¿Y el creyente no tiene también sus momentos de duda? Ambos se diferencian solamente en las horas de permanencia. Sí, discúlpame. Se me ha ido el santo al cielo. Ya te lo advertí. No olvides que soy un alma naturalmente religiosa y, al mismo tiempo, dogmatófoba. ¡Qué le voy a hacer! ¿Acaso no soy también un pequeño burgués de izquierdas? El hombre es una contradicción andante y, siguiendo el silogismo, yo soy hombre, luego...

Pero volvamos a pisar la tierra. Tal vez recuerdas una película que se titula “No sin mi

hija”. No voy a contarla pues para eso hay filmotecas y reseñas cinematográficas. Sencillamente quiero decirte que si voy al cielo por mis escasos méritos (cosa poco probable), le diría al juzgador de mi vida: “No sin mi hija”. Y, claro está, sin mis padres, hermanos, amigos y hasta, hasta, hasta, todos aquellos a los que debiera haber puesto la otra mejilla. Todos o ninguno. Que el diablo entre el último, cierre la puerta y tire la llave.

Querida Zoe:

La irreverencia es un incendio que crece con el viento del escándalo. Algunos se figuran ser paladines de la libertad de expresión ofendiendo sin motivo alguno el sentimiento religioso. ¡Contra la Inquisición vivíamos mejor! Claro que también hay quien tiene la piel demasiado sensible y olvida que los cristianos, como dice el Credo, deben “perdonar a los que nos ofenden”. No, no es fácil ser un buen cristiano y precisamente por esa ética exigente es una religión estimable. Hace algún tiempo un actorzuelo soltó esta ventolera trasera: “¡me cago en la virgen del Pilar!”. Pues bien, yo he crecido oyendo eso de “Bendita y alabada sea la hooora en que Maríiiiia...”. Y hasta he besado mil veces el pilar donde “presuntamente” se posó la

Virgen en carne mortal. Yo no creo que la Virgen del Pilar fuera “capitana de la tropa aragonesa” contra los franchutes, pero tampoco que deba ser el blanco de los insultos zafios de zarrapastrosos. El respeto de todas las creencias religiosas, siempre que no ataquen los derechos humanos, es una virtud cívica. No es el escándalo de los creyentes lo que evitará la irreverencia sino la paciencia de los que la sufren. ¿Cómo molestar a quien no puede ser de ninguna manera molestado? Quitad el público y se acabará la función. Con el ridículo se irán con el rabo entre las piernas. Es una cuestión de estética.

Querida Zoe:

Estas cartas hablan de religión, pero también hay religiones a la carta. ¿Qué vas a tomar? Algunos escogen el catolicismo, otros el evangelismo, aquellos el islamismo y, los más exóticos, degustan los platos de las creencias budistas. O bien prefieren los platos combinados, los cócteles donde mezclan ingredientes para sacar algo así como una “religión natural”. O sea, un denominador común desde el punto de vista de la razón. Acaso una ética universal, el primer peldaño de una religión mundial. En el menú de las religiones hay para todos los gustos. El espíritu precisa también su alimento propio. Pero no, no he dicho bien. La religión de nuestros padres no se escoge. O se conserva o se abandona. Converso

aquí, apóstata allá. Héroe o traidor. Ahora bien, de todas las religiones la más inane es la religión de los que creen no tener religión. Comen en un plato vacío.

Querida Zoe:

Hace unas semanas pasamos cerca de un convento de clausura y al decirte que las monjas vivían aisladas de por vida exclamaste: ¡qué tontería! Yo también creo que los retiros espirituales solamente tienen valor si sirven para tomar aliento, acumular fuerzas con las cuales salir al siglo lanza en ristre para evangelizar a las gentes. ¿Qué pasaría si todos los cristianos fuesen ostras, robinsones de la religión?. No, las perlas no son para esconderse sino para hacer collares.

Y todavía te sorprendiste más aún al saber que siendo adolescente se cruzó como un cometa por mi mente el deseo de ser monje benedictino. Por supuesto, si en la mesa podía dejar ver a san Juan de la Cruz o a Fray Luis de León, la poesía

maldita de Baudelaire debía estar oculta en el armario. Los monjes, cucos ellos, han construido sus monasterios en lo alto de colinas, bellos paisajes naturales. Y yo siempre he pensado que la hermosura de la naturaleza es el mayor templo de la divinidad. Sin embargo, el hombre, que no ha creado los árboles ni tampoco los ríos, ha creado sucedáneos como las catedrales y las mezquitas. Cierta ateo se convirtió a los treinta segundos de entrar a Nôtre Dame. Como es evidente, yo no soy musulmán aunque nunca me he sentido más cerca de lo Absoluto que en Estambul visitando Santa Sofía. Por la belleza hacia Dios.

Querida Zoe:

“A donde fueres haz lo que vieres”. Es un consejo elemental: no dar la nota saltándose las costumbres del lugar. Cuando yo trabajé en Marruecos me despertaba siempre el canto del almuecín llamando a la oración en la madrugada. Pero ¡qué iba a hacer! me hallaba en tierra extraña. Y, aunque el canto monótono del almuédano tenga un no sé qué de espiritualidad que me agrada, aquí, en mi casa, suenen altas las campanas. Yo entiendo que los jesuitas se vistieran en la China como bonzos sin renegar de Cristo. ¡Otro gallo hubiese cantado sin la cerrazón del Vaticano! El cristiano no lo hace el hábito. Ya lo dice cierta carta antigua a un tal Diogneto. Mi madre, tu abuela, me contaba que siendo muy niña

vio que bajo la sotana el sacerdote llevaba pantalones. “El cura es un hombre”, exclamó. Y es verdad, los curas, por más que se consideren tener el monopolio de la absolución de los pecados, son igualmente hombres. Ten piedad con sus debilidades. También son las tuyas.

Querida Zoe:

Yo, aunque soy bastante seco, también soy bastante lloroncete. A menudo derramo lágrimas como la Magdalena (no aquella de Proust que todo el mundo cita sin haberla leído). El día de mi primera comunión incrementé con algunas gotas el caudal del Ebro. ¡Qué cuidado diluyendo la forma sagrada con saliva para no masticar el cuerpo de Cristo! Más tarde, habiendo pasado ya el cabo de Hornos de la infancia, encallé en eso de la “presencia real” en la eucaristía. Cuando algo no se entiende ni se sabe explicar se zanja la discusión afirmando: “es dogma de fe”. Y ahí queda la cosa. En mi mente eso del pan y del vino, del cuerpo y de la sangre, tenía un valor “simbólico”. Como los protestantes - ¡ojo, que no lo soy! - era un

muchacho protestón y que hablaba en prosa heterodoxa sin saberlo. O sea, aquello no era para mí una interpretación literal sino un “símbolo”, una expresión metafórica. Otra cosa sería casi como creer que “Petrus”, aprovechando un truco del lenguaje, es una roca dura formada por feldespatos, cuarzo y mica. Pero dejó aquí una cuestión sobre la cual los mismos teólogos pasan de puntillas. La ortodoxia se escribe sin *h* y la heterodoxia con ella. Si no coinciden ni siquiera en la ortografía...

Tal vez supones que un acto simbólico encierra solamente un valor poético, nada real. Sin embargo, ¿crees que una bandera portada por un soldado en el combate resta un fusil? Ella representa a la patria, da coraje para la lucha.

Querida Zoe:

No es muy probable que hayas escuchado cosas como “bésame con besos de tu boca”, “tus ojos son como los ojos de las palomas”, “cuando yo sus cabellos esparcía”, etc. ¿Y qué letras eróticas son éstas? ¿Qué tiarrón bueno las canta? Pues no, ningún cantante de Operación Triunfo ha cantando esas seductoras palabras meneando las caderas sensualmente. Una es de un santo que vivió hace cinco siglos - ¡qué moderno! - y lo demás es de ... ¡la Biblia!. Concretamente del *Cantar de los cantares*.

Ya ves, hija. La religión no consiste siempre en flagelarse y darse tres golpes de pecho gritando “por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa”. Cuando era niño me aterrorizaban estas palabras:

“también me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno”. Mi pueril imaginación se representaba esa carne socarrada tan distinta a los que mueren en olor de santidad. Ahora creo que, si hay Dios y aún quedan brasas de ese miedo, éste abrirá las compuertas del cielo y mandará una dotación de ángeles bomberos provistos de una larga manguera de misericordia.





EL CREDO QUE HUBIESE PODIDO DAR  
SENTIDO A MI VIDA  
(Carta a Zoe)

1

“En algo hay que creer”, decía mi madre. Y bien: ¿en qué creo yo? No sabría decirlo. Como tantos hombres, yo nací “dentro” del catolicismo. Y cuando digo “dentro” lo digo de una manera literal. Solamente el converso – desde san Agustín hasta el cardenal Newman - llega bregando hasta la fe. Tal vez algunos, nacidos en la Iglesia, buscan, comparan y no hallando otra mejor, perseveran

firmes y se mantienen fieles a la religión de sus padres. Evidentemente, yo no recuerdo mi bautizo. Años más tarde he visto una fotografía pequeña, en blanco y negro, claro está, y en ella un niño de pocos meses junto a una pila con un sacerdote visto de espaldas. Una mujer joven, prima mía, me tiene en sus brazos, y otro hombre joven, mi primo, se encuentra a su lado. Ambos son mis padrinos. A mi madrina, emigrada a Francia, apenas la he visto en una docena de ocasiones. De mi padrino solamente tengo memoria a través de la imagen de esta fotografía. Si los padrinos acompañan en la fe al recién bautizado, debo decir que desde el inicio de mi vida sacramental me hallé ya desamparado. Me bauticé en la iglesia que hoy pertenece – no sé si también entonces – a las “Hermanitas de los Pobres”. Cada navidad, cuando vuelvo a mi ciudad,

visito el magnifico belén que allí se monta. Siendo una residencia de ancianos, mi madre, ya muy deteriorada su salud, nos pidió ingresar en el asilo para no ser una carga pesada. Contra mis deseos, acudí al arzobispo de Zaragoza, conocido mío – había sido mi director en un colegio – para rogarle un “empujoncito”. Sin embargo, no fue necesaria mi “carta de recomendación” pues mi madre murió un año antes de haber recibido una respuesta por mi enchufe espiritual.

    Mi primer recuerdo personal - ¿no lo son acaso todos los recuerdos?- es el día de mi primera comunión. Tenía unos siete años, esa edad en la que se afirma, sin razón alguna, que comienza el uso de la razón. Tardía fue la fecha, precisamente el día de mi santo, un santo importante donde los haya, pues es nada menos ¡y ahí es nada! que el

apóstol de los gentiles, el perseguidor de Cristo. En aquella jornada alcanzamos la temperatura extraordinaria de cuarenta y tres grados, no sé si al sol, a la sombra o acaso a la penumbra. Apenas acabada la ceremonia, con el ardor de la fe todavía sin apagar, me despojaron del traje de marinerito para zambullirme como náufrago en un barreño de agua fría que no logró apagar el fuego de mi emoción católica. Como es costumbre, mis tíos, y demás comensales, me hicieron regalos: una pluma, una biblia, un globo terráqueo, trescientas pesetas, etc. Mi hermana, con espíritu contable, iba anotando los presentes para saber quiénes se habían alargado y quiénes se habían encogido el bolsillo. Aquello de que la mano derecha sea ignorante de lo que hace la izquierda, no tiene demasiados adeptos entre los cristianos. He visto

capillas con su correspondiente placa donde se hacía recordar que la reparación de esto o aquello había sido hecha por la familia ésta o aquella. Y, todavía más, vi una vez trabajando en Marruecos a un hombre con una silla de ruedas donde aparecía escrito: “Regalo del Rotary club”. Menos mal que en los dientes no se ponen placas o, si se hace, no es fácil de verlas.

Yo siempre he sido, a pesar de las apariencias, muy sensibilero más que sentimental. A mi edad, incluso, me he vuelto más llorón. Aquel día de mi comunión yo creo que las alcantarillas hicieron aumentar el caudal del sagrado Ebro, que pasa despacio y en silencio para no despertar a la virgen del Pilar. Aunque cuidadoso de derretir en la boca la forma sagrada, para no “morderla”, y desconociendo el dogma de la “transustanciación”,

aquel acto no me parecía “real” sino un simbolismo de “este es mi cuerpo”. Me preguntaba si era una eucaristía a medias no beber la sangre transformada en vino. Años más tarde he visto esa eucaristía “completa”, incompleta por razones pragmáticas, en una abadía belga cercana a un hogar de enfermos mentales en el cual trabajé durante unos meses.

El sacerdote que me dio la primera hostia – como filólogo de *pro* me gustaría saber el origen bastado de la segunda acepción- era muy nuevo en la parroquia. No tengo nada que decir sobre aquel hombre, al que veo en mi memoria, y en las fotos, como un cura de mediana edad con unas gafas de montura delgada. Por el contrario, me acuerdo perfectamente del viejo cura que me preparó con la catequesis para esa solemne iniciación. Se usaba

para ello un catecismo de preguntas y respuestas consiguientes mucho más apropiado para participar en un concurso que para llevar las almas hasta el cielo. Era alto, pálido, quijotesco, tan delgado que parecía salido como un fantasma de un cuadro del Greco. Probablemente, como al hidalgo manchego, el obispo lo retiraba a su casa solariega. Era una buenísima persona muy apreciado en todo el barrio. Había también otro sacerdote, recién llegado, uno de esos curas “obreros”, esos francotiradores del tardofranquismo a los que se les acusaba de hacer política, cosa que no hacían los obispos procuradores en Cortes. De esta parroquia saldrían algunos jóvenes católicos progresistas – yo conocí a uno de ellos – para recibir palizas en las comisarías de ese ilustre salvador de la patria,

tan merecedor de monumentos públicos. El hermano mayor de un compañero de juegos perdió un testículo. Este sacerdote hacía también pastoral entre las pequeñas ovejas de la escuela primaria. Hablaba de las misiones en África y de cómo los misioneros padecen trabajos para llevar a las tierras de negros la fe en Cristo. Compré una biografía ilustrada de Albert Sweitzer y también yo me hice el propósito de llegar a ser un día un médico célebre en un dispensario del Congo. Sin duda el altruismo contaba, pero la celebridad mundial también era muy buen alimento para la vanidad espiritual.

Otro recuerdo vivo en mi memoria es el de las tardes en las que se rezaba el rosario. El aula estaba casi a oscuras y las voces agudas de los niños susurraban como moscardas una cadena de

palabras incomprensibles: “*ora pro nobis, ora pro nobis...*”. Los chicos, aburridos por la monotonía, desconociendo aquella lengua extraña, nos complacíamos en alargar la última *s* diciendo: “*nobisssss*”. Y con la mano hacíamos como si atrapésemos mosquitos zumbadores. En mayo llevábamos flores a María, “que madre nuestra es”. Alguna vez he perdido la ligazón de las frases del Padrenuestro, pero nunca se me ha olvidado el Avemaría y, cuando la fe me da saltos de gallina, me viene a la memoria antes la oración a la madre virgen que la enseñada por su hijo. Creo recordar que Unamuno en su *Diario íntimo* dice algo parecido.

Después de mi emotiva comunión recibí, como Dios y la Iglesia mandan, el sacramento de la confirmación. Aunque todavía seguía firme y

reafirmado en mi fe, aquella ceremonia no logró emocionarme como en la primera comunión. En esa tarea espiritual me tocó el suplente, el obispo auxiliar, lo que me pareció no sólo una falta de atención sino también considerarme un católico de segunda división. Ya adulto un obispo auxiliar me hizo escribir al Vaticano para quejarse de que el titular lo usaba como “florero”.

Mi madre, sin ser una beata, era una cristiana sincera. Pero no de la Iglesia católica... española. Nunca pudo olvidar que su hermano, con dieciocho años, fuera fusilado junto a doscientas personas más del pueblo mientras su pastor no solamente no movía un dedo por sus ovejas sino que alzaba los cinco con el saludo fascista. En la puerta teníamos una imagen del sagrado corazón y cada dos semanas varias vecinas se turnaban para

tener en casa la virgen del Carmen metida en una caja. Mi progenitora tenía inquina a Pío XII. Y no sólo por su cara de palo y su aire de burgués intelectual. No le perdonaba haber eliminado el sábado de gloria para trasladar la resurrección al domingo. ¿Hace falta decir que mi madre se llamaba Gloria? Por el contrario, ella, hija de campesinos aragoneses, adoraba la bonhomía del campechano Juan XXIII, aquel de un “*aggiornamento*” ya tan lejano que requiere pasar otra vez la esponja del evangelio por la piel de tanto episcopado. En cuanto a mi padre no era ni creyente ni incrédulo. Ni clerical ni anticlerical. Acudía a misa sólo cuando era preciso, y lo hacía sin fervor ni rencor (jamás habló de su hermano mayor, al que siendo niño no recordaba, sepultados sus huesos bajo ese Peñón de hipócrita

reconciliación llamado Valle de los Caídos, y horadado con secuelas y penosamente, entre muchos prisioneros, por un tío político, muy querido por mí). Sencillamente era indiferente a la religión. Sin embargo, una vez le escuché decir que era absurdo pensar que un cadáver pudiera levantarse. No creía por tanto en la resurrección, piedra angular del cristianismo. Me hubiera gustado poder estar en su último minuto con vida para decirle: “no tengas miedo”. Yo no lo tengo porque no temo perder la vida sino desperdiciarla sin haberla vivido.

Un momento importante en mi vida religiosa fue cuando leí a mis trece años y con el esbozo de un bigote asomando las *Confesiones* de san Agustín. Aquellos remordimientos por el robo de una pera, y ese pesar del amor al mal por el mal

mismo, me parecieron excesivamente escrupulosos. Sin embargo, su lirismo retórico – en el buen sentido- entusiasmó mi alma juvenil. Mayor motivo de pena tendría Rousseau cuando acusa falsamente a una muchacha, criada de unos nobles, del robo de una cinta habiendo sido él mismo el ladrón. De la lectura de aquel libro nació el deseo secreto de convertirme en un monje silencioso en un monasterio perdido en una montaña. Aún hoy todavía me gustaría pasar alguna semana de retiro paseando en un claustro románico, orando y laborando, y durmiendo en una habitación desnuda de adornos. ¡Hay a veces tanta voluptuosidad en una celda austera! Pero probablemente me llevaría antes que al Kempis a un autor profano.

Yo asistía con gusto y a solas a la misa dominical. En aquellos días yo estudiaba en clase el electromagnetismo y, siempre aficionado a la metáfora, comparaba a los imanes con mi sentimiento hacia la Iglesia. En ella, atravesado por su corriente, Cristo se convertía en “imán de horizontes”, como llama Juan Ramón a Ortega. Pero una vez fuera, en la calle, esa atracción disminuía hasta desaparecer casi por completo. En aquellos años anteriores a la muerte del dictador, todos se declaraban católicos, pero – como entonces, y ahora, se decía- “católico no practicante”. Ese catolicismo sociológico cree que la religión se limita a la asistencia a la misa, cuanto más mejor. Yo no sé si la eucaristía es el centro de la vida cristiana. Sin embargo, sé que la caridad no es una tutoría: “se ama lunes y jueves,

de cinco a siete”. El cristiano lo es las veinticuatro horas del día.

En las puertas del bachillerato dos autores, de valía muy desigual, fueron importantes en mi catolicismo adolescente: el catalán Balmes, que reforzó mi creencia en estar en el buen camino lejos de los extraviados protestantes, y el racionalista Descartes, cuyo *Discurso* me presentaba un Dios “sin alma”. Hasta la entrada en la universidad mi sentimiento religioso se concentró únicamente en la poesía “a lo divino”: san Juan de la Cruz, Fray Luis de León, El Cantar de los cantares, etc. Ya en la Facultad, en el segundo curso, escribí un comentario a un verso del amigo de santa Teresa. Contra mi voluntad, este artículo fue publicado y no me arrepiento hoy de que no se me tomara en cuenta. Siempre me ha

sorprendido en el evangelio que Jesús le diga a un enfermo que no revele el milagro y éste se vaya luego corriendo a proclamarlo a los cuatro vientos. El cristianismo también se ha propagado contra la voluntad de Jesús.

Y entré becado en un colegio cuyo fin era la formación de “intelectuales católicos”. Pero ¿era yo acaso un intelectual? ¿Era de veras un católico? Aquella institución universitaria – o mejor dicho, su joven director - me hizo descubrir la existencia de un catolicismo de mentalidad abierta, muy alejado de las viejas actitudes preconciarias, y dispuesto a dialogar con el mundo moderno desde las raíces cristianas. En la librería del “castillo” leí algunas páginas – más bien las hojeé deprisa – de aquel solterón cántabro, el martillo de herejes. Yo recuerdo cómo mi paisano Cajal dice que, oyendo

maldecir a sus maestros sobre los krausistas, los chicos les tomaban afecto causado por la curiosidad hacia lo prohibido. Algo así podía decir yo acerca de algunos heterodoxos maltratados por el campeón de la ortodoxia. Aprobadas milagrosamente e inesperadamente las oposiciones, se debía pasar una “novatada” sorpresa consistente en superar un examen de religión. Si se suspendía se perdía la beca. Me encerraron en una habitación para desarrollar el tema “Evangelios apócrifos”. Yo, que solamente conocía como apócrifo el Quijote de Avellaneda, me resigné a tomar las maletas de vuelta a casa derrotado por el bachiller Sansón Carrasco.

Años más tarde, flamante licenciado en paro y viviendo en un cantón de Suiza donde trabajaba en un hotel como “chico de la casa”, sentí la

necesidad de visitar la iglesia de un pueblo cercano. Extrañado de la patria, quizás extrañaba también mi querida catedral del Pilar. De niño mi padre me alzaba para besar los pies de un Cristo crucificado que se halla en una capilla cercana a la entrada. Yo he seguido la misma tradición levantando a mi hija hasta los pies del nazareno mientras su altura no los alcanzaba. Por mí, que no quede. En aquella iglesia protestante mi fondo católico, y español, se rebeló contra la desnudez de aquellas paredes. ¿Dónde estaban las imágenes? ¿Y los santos? Esto suscitó una discusión artística entre una suiza alemana, horrorizada del barroquismo, y un paisano de Miguel Servet, horrorizado por tanta frialdad. El pagano Goethe admiraba en el catolicismo de los jesuitas saber atraer a la fe católica mediante el arte sacro y el

uso de los sentidos. A la salida del trabajo, mirando el lago donde se encuentra la isla en la que se retiró Rousseau, contemplaba la naturaleza y pensaba que aquellas montañas eran el templo más hermoso que la geología había construido para el Señor. Casi hubiese podido decir con Renan eso de “aquí la liturgia es tan bella que no hace falta Dios”. Cuando leí la *Vida de Jesús* de aquel linfático apóstata me dije: mucho para ser un hombre, poco para ser un Dios.

En Valencia había conocido el modelo de sacerdote intelectual, aquel que sostiene la fe católica desde la trinchera de la razón. En París, durante un corto tiempo, conocí al sacerdote que hace visible la fe en el rostro de los más pobres. Este cura francés, medio polaco y medio español, se halla en proceso de beatificación y sería ya

santo si tuviese un padrino con mayor influencia en el Vaticano. Ahora predomina la moda de que los Papas se rasquen las espaldas y se hagan santos entre ellos mismos. El que siga, que pase la aureola. Cuando me lo presentaron, el compañero del *Abbé Pierre* me tomó de los codos y me sacudió como una coctelera diciéndome: “tú serás el encargado de propagar nuestro Movimiento en toda América”. Yo me sentí como si el mismísimo Carlos I en persona me encomendase la misión de extender el imperio desde California hasta la Patagonia. En Caracas, por el contrario, conocí el modelo del sacerdote que no era ni intelectual ni buena persona. Mucho don Bosco, pero...

En la capital venezolana me casé, con una de esas bodas de “verdad”. Muchos hombres y mujeres, alejados ambos de la Iglesia, desean

unirse mejor ante un representante de Dios que ante un juez o concejal, representante de los hombres. Y, dejando de lado la pompa estética, esa intención de dar al amor su mayor altura me parece encomiable. Y, después, que el hombre pueda separar lo que Dios ha unido. También los curas se secularizan y las monjas de clausura se salen del convento.

Ahora, después de muchas volteretas, he caído de pie en la biblioteca de un seminario como gobernador de varios miles de libros insurrectos. Y en esa ínsula de Barataria me encuentro hoy todavía, si juntos Dios dándome salud y la lotería dándome dinero no lo impiden.

Debo para llegar a mi cabina de mando atravesar la iglesia – bellísima- donde una docena de feligreses asisten a la primera misa de la

mañana (algunos con un móvil en la mano, como si fuese un breviario para laicos tecnológicos y maleducados). Éstos, como imanes que se repelen, se sientan lo más distante entre sí que pueden hacerlo. Y cuando se dan el abrazo de la paz, salvan la distancia con un leve movimiento de cabeza, como si se reconocieran de lejos. O bien extienden prudentemente la mano temiendo que se la quiten. En Santo Domingo y en Caracas, me divertía que este momento se transformara en una fiesta donde los de la primera fila agitaban con ostentación de náufragos los brazos a los de la última ruidosamente. Como debo cruzar entre el sacerdote y los participantes en la misa, para no escandalizar y mostrar el debido respeto, me cuadro delante del altar haciendo la señal de la cruz. Después de todo, es de buena crianza decir

“que aproveche” cuando se pasa por un banquete en el cual no se está invitado. Y el momento más duro es pasar ante el cuadro de la Última Cena y en el cual se ve a Judas tornando la cabeza como si fuera para mirarme hurgando en mi conciencia de réprobo. Y ya en el fondo, Cristo, parece decir a este Bruto: “¿tú también, hijo mío?”. Sin embargo, creo que la historia ha tratado mal al Iscariote. El hecho de que se suicide arrepentido es ya un acto moral superior al de quienes “no han salido del armario” del dogma para evitar las consecuencias negativas de esta decisión. Por otro lado, hay justos que pagan por pecadores. A san Judas Tadeo, por muy santo que sea, no le basta su santidad como desagravio, pues ¿quién osará bautizar a su hijo con el nombre del traidor? Otro santo injustamente tratado ha sido santo Tomás,

no el buey mudo, sino el de “ver para creer”. Se censura que quiera meter los dedos en las llagas para comprobar que es Cristo, pero muchos ni siquiera serían capaces de ver el cuerpo de Cristo con las llagas.

Si he sido católico en mi juventud, nunca he sido anti-católico en mi madurez. Ya pasado de sobras el “mezzo cammino della mia vita”, en mi descenso hacia no sé qué y hacia no sé dónde, mi religión se concentra en un principio cristiano que pueden asumir todos los hombres de buena voluntad: “ama a tu prójimo”. O, al menos, amar a los que más se pueda y detestar a los menos posibles. Espero que este principio pueda representarse en forma de asíntota.

Finalmente mi experiencia religiosa renació unos meses de un modo interesado. Yo tomaba a

Cristo como medio, no como un fin en sí mismo. “Utilizaba” al Señor, me servía de su poder como un taumaturgo. Mi oración era petición, no agradecimiento. Sin embargo, claro está que nadie le ruega “ganar la lotería” sino curarse a sí mismo o sanar a un hijo que sufre un cáncer. Mi depresión supuso el descenso a los infiernos. Yo era un Job desprovisto de la fe y sin amigos que me calumniaran diciendo que “algo malo habrá hecho”. Cierta día, arrodillado ante un Cristo situado en el coro, cubierto de lágrimas amargas, rezaba yo desesperadamente para ser “el de antes”. Y entonces vi un haz de luz que salía de la cabeza de Jesucristo. Creí que se operaba un milagro, mas acercándome comprobé que se trataba del reflejo del sol en la corona metálica. Y sentí vergüenza de mi credulidad, pero también

vergüenza de mi orgullo racionalista. Me vinieron a la mente aquellas palabras dichas en una reunión de sabios en ... ¿la Sorbona? Decían esto: “Aquí no sucederá un milagro nunca porque Monsieur Renan lo ha decretado”. Sí, el ateísmo es también una fe con sus dogmas negativos. Aquella depresión profunda me hacía levantarme cada mañana bañado en lágrimas y pasar todo el resto del día luchando y alejando de mí la idea terrible del suicidio. Antes que pecar contra Dios, pecaba contra mi familia dejando a mi esposa viuda y a mi hija huérfana. Quienes ven cómodamente los toros desde la barrera no conocen la desesperación, el profundo deseo de acabar del todo con esa tristeza infinita e incomprensible. Siempre me había indignado la falta de caridad de la Iglesia apartando a los suicidas tras la tapia – el muro de

la vergüenza - de un cementerio “normal”. Aquello de “venga a nosotros tu reino” tomaba tierra y manifestaba lo que en la escatología cristiana se conocerá como la doctrina del infierno. Aquí los benditos del Padre, y allá...

## 2

Hasta aquí he contado mis vivencias con la religión en la que nací, pues no conozco otra. Podría decir aquel chascarrillo: “no creo en mi

religión, que es la verdadera, y voy a creer en otras”. Pero ¿cuál es mi credo, mi pensamiento sobre la religión? En algo -dije – hay que creer. Decía Ortega que un náufrago debe aferrarse siempre a una tablas de salvación para no hundirse. Me disgustan aquellos hombres que como Schopenhauer maldicen la vida. El pesimismo, cuando no es una característica personal y tiene ínfulas de sistema filosófico, es una doctrina ruin que pretende extender la infelicidad personal al resto de los hombres. Tal vez sus defensores escriben con la pluma para no tener la ocasión de dispararse en las sienes con el gatillo. Y así, con ello, prueban que la vida es un valor superior a la muerte. A pesar de mis deseos de morir, un día me encontré en la calle a un loco borracho llevando un cuchillo y, entonces,

sintiendo que aún estaba vivo, temí acabar mis días a manos ajenas.

Yo nunca sentí que el suelo se abriera bajo mis plantas sino ese goteo que vacía lentamente la cisterna. Y, como ésta era plena, mi fe aún conserva todavía la humedad. Nunca he caído en ese materialismo grosero de los ateos del siglo XVIII. El hombre no es, como quiere La Mettrie, una máquina. Pero ¿no había dicho lo mismo el católico Descartes sobre los animales? ¡Y el hombre es también un animal, tan social como las abejas y, a veces, más irracional que los mismos brutos sin razón! Desde mi depresión la imagen pueril de un espíritu inmaterial guiando como un piloto la nave del cuerpo se me desvaneció. Yo era otro, era “la herida y el puñal”. Pero san Agustín, bebiendo del platonismo, había desviado el curso

del cristianismo. Pero no quiero aquí hacer filosofía estando en pañales mis conocimientos sobre filosofía. Conozco mis propios límites.

No es justo, además de ser absurdo, hacer demanda al cristianismo bajo las acusaciones hechas a la Cristiandad. Si la derecha pretende conservar el voto tradicional del catolicismo sociológico – ese que no sabe que la cláusula *Filioque* le hace heterodoxo para los ortodoxos-, hay también una izquierda necia que “desprecia cuanto ignora”. Todo aquello que huele a incienso y sacristía les parece oler también a azufre. No, no pertenezco a esa raza de hombres aduciendo vulgares tópicos: la Inquisición, las cruzadas, Galileo, etc. Siempre se podría citar la historia de aquel judío narrada en el Decamerón: una Iglesia que sobrevive a pesar de tanta corrupción e

inmoralidad debe necesariamente contar con el sostén divino.

Decía santo Tomás que todo es movido por algo hasta llegar al motor inmóvil que lo mueve todo. Pues bien, en la historia no hay un hecho histórico que no proceda de otro hecho histórico anterior. El nuevo testamento es la estatua que se alza sobre el alto pedestal del Antiguo Testamento. No existiría Jesús sin Moisés ni Moisés sin Abraham. Sin coincidir con el hereje Marción, nadie puede negar que Yahvé, el “señor de los ejércitos”, no se presenta con los mismos rasgos y las mismas características que el Dios Padre de los evangelios. Éstos, como también el Pentateuco y los demás libros de la Biblia, se fundan todos ellos en una tradición literaria, un mensaje transmitido durante milenios a través de los textos escritos.

Pero cualquiera que conozca los pormenores en la edición crítica de un libro medieval sabe muy bien los muchos problemas que esta edición presenta. ¡Cuánto más cuando un documento se halla alejado muchos más siglos y se ha traducido del hebreo al griego con la versión de los Setenta y luego a la Vulgata latina, para acabar en las varias lenguas romances y en la traducción al alemán de Lutero! ¿Y puede llegar acaso la pulpa de la sagrada Biblia hasta los yanomanis del Amazonas venezolano y a los bantúes del África negra? El etíope de los *Hechos de los apóstoles* pide una explicación al protomártir san Esteban, pero los aborígenes australianos requerirían también una explicación previa a la explicación. El río cristalino se enturbia en el cauce desde el manantial hasta la desembocadura. ¡Tantas contaminaciones

provocadas por tantos copistas! ¡Tantas voces intraducibles o carentes de sentido en una realidad histórica muy alejada! Un texto sagrado escrito está sujeto al mismo análisis que cualquier documento histórico. Yo había escuchado citar la frase – retomada por varios - “la claridad es la la cortesía del filósofo”, pero lo que dijo exactamente Vaubernargues, su autor, es “la claridad es la honestidad del filósofo”. Y no es lo mismo. Una supone condescendencia; otra la honradez de quien no estafa con palabras oscuras que encubren lo superficial del pensamiento. Una enmienda a la otra. De la misma manera, yo aprendí el Padrenuestro pidiendo perdón por nuestras “deudas”. Las “deudas” son hoy “ofensas”. Y no es lo mismo. Tal vez los exégetas, los especialistas en filología semítica, se hayan acercado más al

verdadero texto original. Sin embargo, varias generaciones de cristianos, incluso dando a la palabra “deuda” un sentido amplio, han vivido instaladas en un error inveterado y rezando mal una oración supuestamente enseñada por el mismo maestro a sus discípulos. La crítica racionalista de los evangelios pone a prueba la solidez de la fe. Se diría que la mente del intelectual católico está dividida en dos compartimentos estancos. Puede aceptarse en uno lo que se rechazaría en el otro. Existe en los evangelios un pasaje muy claro de este hermetismo de la fe sometida a la razón. Nada hay de extraño en que un adolescente piadoso, algunos aventajados o solamente sabidillos, disputen con los sabios de la Ley mosaica en el templo. Creo que Flavio Josefo señala este hecho como normal. Y

tampoco es absurdo que una caravana se divida en dos durante una marcha larga, o que cada progenitor piense que su hijo se halla en el otro grupo. Hasta aquí nada hay de sorprendente. Ahora bien, cuando José y María vuelven sobre sus pasos encontrando a Jesús en el templo le recriminan que los haya tenido preocupados. Y entonces Jesús les responde: “¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi padre?”. El texto añade, y aquí está lo verdaderamente extraño: “pero ellos no entendieron lo que decía”. Y bien: ¿acaso no había recibido María la anunciación del Arcángel diciendo que concebiría por el Espíritu Santo al hijo de Dios? ¿Y el ángel no previno también a José para que no repudiase a la virgen? Y ahora el evangelio afirma claramente que “ellos no entendieron lo que decían”. Podría pensarse que

en dicho “documento” escrito y transmitido, los autores olvidan su misión de “encarnar” a Dios en un hombre. Cualquier exégeta católico, juzgando un libro profano, advertiría aquí una contradicción, la interpolación de una mano extraña. ¿Sabemos de veras, con certeza absoluta, lo que se dice que dijo Cristo? ¿Conocemos sus palabras exactas y el sentido preciso en su propio contexto? De María se sabe muy poco, y de José aún menos todavía. ¿Y puede afirmarse que los treinta años “oscuros” de Jesús no tienen ningún valor para conocer bien al hombre que predicó en tiempos de Poncio Pilato y murió en la cruz? ¿Puede construirse sobre las arenas movedizas de una historia mal conocida? En cualquier caso, Jesús, verdadero hombre, y verdadero Dios para el cristiano, vino a darnos un mensaje, no a crear una

teología. El Dios de los filósofos es el mismo Dios de la *Suma teológica* del tomismo: una construcción de la inteligencia humana ya sea para sostener la fe ya para atraer hacia ella. Los eruditos cervantistas deshuesaban el Quijote para interpretar el sentido de “duelos y quebrantos”, y perdidos en las líneas, se perdían las páginas y el significado del libro entero. Así los teólogos, que no hablan “de” Dios, sino “por” Dios suplantando a los verdaderos profetas. El mensaje de “amar al prójimo” es más cristiano, y universal, que el dogma de la santísima Trinidad que, por cierto, hubiese podido ser un cuarteto si trescientas personas reunidas en una Asamblea llamada Concilio así lo hubiesen decidido... y definido. En un cónclave el papa nuevo es elegido por el

Espíritu Santo y ... (nueva pausa) por los votos de los bandos “intraeclesiales”..

A veces, si supiera dibujar, representaría un aula de teología donde los seminaristas copiasen los apuntes dictados por el profesor. En un rincón estaría Cristo, arrodillado cara a la pared. Y abajo del dibujo estaría escrito: “por no saberse la lección de dogmática”. Creo que el humilde cristiano, aquel que cuida amorosamente de sus hijos y paga religiosamente sus impuestos al César sin defraudar a la sociedad, creo que ese hombre bueno se sentiría confundido al leer títulos como éste: “La extensión del carisma de la infalibilidad al objeto secundario del magisterio eclesiástico”. El Jesús de la historia ¿es el Jesús de la fe? Decía Unamuno aquella *boutade* de que el escritor Cervantes era inferior al personaje del

Quijote. Pues bien, el famoso hidalgo -contra su derrota final, fracaso humano- vence también al cuerdo Alonso Quijano. Éste no existe sino para aquel. El Cristo de la fe lleva al hombre hasta “lo máximo que puede ser”, a las puertas de la divinidad.

Como hombre Jesús supera a otros fundadores de religión, a Moisés y también a Mahoma. No debe huir por haber matado a un egipcio, como hace quien recibe de Yahvé las tablas de la Ley. Tampoco asalta con trescientos guerreros a una caravana, como hace el profeta de Alá. Pero las tres religiones del libro, emparentadas entre ellas, se disputan la condición de ser la única religión auténtica. El filósofo Lessing refiere en “Natán el sabio” la historia de un rico que regala a sus herederos tres anillos

iguales sin decirles cuál es el verdadero. ¿Es el judaísmo? ¿El cristianismo? ¿El islamismo? Si las razones no dan a nadie la razón, el argumento del número tampoco sirve para decidir sobre la cuestión. El cristianismo se extendió en un marco geográfico amplio ganado por las espadas de las legiones y logró más tarde con el edicto de Tesalónica – propiciado por la libertad de culto de Constantino - ser la religión oficial de Roma. Clodoveo abandona el arrianismo y toda Francia se hace cristiana. Y en España lo mismo hace el visigodo Recaredo. Los arcabuces de los conquistadores españoles aumentan el número de los católicos en el nuevo mundo. Si los jesuitas hubiesen convertido a la emperatriz de China, millones de personas serían bautizadas dentro de la Iglesia. Hoy solamente pululan en aquel asiático

“imperio del centro” algunas pequeñas comunidades de herejes nestorianos. En cuanto a los musulmanes deben la multitud de sus fieles más al alfanje de los árabes fanatizados que al mismo Corán. Los judíos, en guerra con los “palestinos” de hogaño— o sea, “filisteos”, pues es el mismo nombre— antaño pelearon con los cananeos para ganar militarmente- ¡qué ironía! - la tierra prometida por un Dios que pide “la paz sea con vosotros”. Pero a qué seguir señalando cosas que cualquier hombre, con sólo una mediana, y aún escasa, formación religiosa, conoce sobradamente.

Y bien, volvamos al comienzo: “en algo hay que creer”. ¿Y en que creo yo? Pues creo que el hombre bueno hace buena la dignidad del hombre. Y que, aun si aprobamos el bien, y hacemos luego el mal, el hombre se embrutece rebajando su

altura en el orden moral. Sea cual sea el destino final del hombre, hemos de intentar vivir siempre con la cabeza alta hasta que llegue la muerte. Y después, sea lo que sea, no debe importarnos. No tengo por bondad la que espera una recompensa cualquiera, ya sea una parcela en el cielo, la admiración de los hombres, vivos o futuros, la tranquilidad de la propia conciencia lavada, y ni siquiera la de aquellos que tienen la esperanza oculta de que obtendrán algo de todo ello aunque sea “por añadidura”. Tal vez sea una paradoja, pero solamente el nihilista, aquel que hace el bien “a fondo perdido” y sin creer en una salvación, en el olor de santidad mundana, en la satisfacción de la propia conciencia, el hombre que piensa que nada del bien que haga puede serle jamás de utilidad alguna, ni siquiera de propina, ese es el

hombre virtuoso por excelencia. Pero sí sé que de todas esas cosas no depende que el mercader no engañe en el peso de la balanza ni se falte a la palabra dada. Desconozco si hay Dios o no lo hay, si hay resurrección o no hay otra vida. El deseo de que exista Dios no lo crea si no existe; la creencia de que no lo haya no impide su existencia. Nuestra voluntad y nuestra esperanza no altera la realidad. Cultivemos el jardín de casa con nuestras propias manos. Dejemos a los hombres que vienen después un mundo mejor del que hemos recibido. Algunos poetas me han dado un gozo estético, varios pensadores me han suscitado ideas que nunca hubiera tenido por mí mismo, mis padres me han enseñado unos valores morales y un cierto escritor humorista me ha provocado todavía, después de cuatro décadas muerto, grandes

carcajadas. De todos ellos me reconozco deudor. Y de muchos más.

Y aquí termino esta breve “confesión”. Como no entraré nunca en un diccionario, tampoco habrá jamás una piadosa sotana negra que zumbe en torno a mi lecho para dar fe de que, en el último instante, antes de cerrar los párpados, he abjurado de todos mis errores. ¿Volveré a la fe de mi infancia? ¿Me haré de nuevo pequeño -como dice un poema de Unamuno – para entrar por la puerta baja del cielo? No puedo saberlo. Como dicen los bretones: “*peut être oui, peut être non*”. ¿Quién lo puede decir? La conversión y la apostasía, secretos del alma, son el haz y el envés de las religiones. Cada cual las juzga desde la raya de su frontera religiosa. ¿Que Blanco White se hace anglicano? ¡Tanto para los ingleses! ¿Que Chesterton se

convierte al catolicismo? ¡Empate para los papistas! Puede que yo haya sido un mal vasallo de un buen Señor al que ignoré y que la evaporación de la fe tenga su origen en que no haya sido ésta adecuadamente solidificada sobre la roca fuerte. Bertrand Russell escribió el libro “Por qué no soy cristiano” y otro filósofo de menor fuste escribirá mucho después “Por qué soy cristiano”. Ambas afirmaciones me parecen rotundas, demasiado categóricas. Debajo de mi manto, yo diría: “Por qué me gustaría ser cristiano”. Yo hago parte de esos hombres que, según Machado, “buscan a Dios entre las nieblas”. Un día, como a todos, llegará mi último día. Quisiera que sobre mi tumba figurase el siguiente epitafio: “¿Era esto la vida? Gracias”. Y entre paréntesis, en letras capitales:

A QUIEN CORRESPONDA







# EL CREDO QUE HUBIESE PODIDO DAR SENTIDO A MI VIDA

## 1

“En algo hay que creer”, decía mi madre. Y bien: ¿en qué creo yo? No sabría decirlo. Como tantos hombres, yo nací “dentro” del catolicismo. Y cuando digo “dentro” lo digo de una manera literal. Solamente el converso – desde san Agustín hasta el cardenal Newman - llega bregando hasta la fe. Tal vez algunos, nacidos en la Iglesia, buscan, comparan y no hallando otra mejor, perseveran firmes y se mantienen fieles a la religión de sus padres. Evidentemente, yo no recuerdo mi bautizo. Años más tarde he visto una fotografía pequeña,

en blanco y negro, claro está, y en ella un niño de pocos meses junto a una pila con un sacerdote visto de espaldas. Una mujer joven, prima mía, me tiene en sus brazos, y otro hombre joven, mi primo, se encuentra a su lado. Ambos son mis padrinos. A mi madrina, emigrada a Francia, apenas la he visto en una docena de ocasiones. De mi padrino solamente tengo memoria a través de la imagen de esta fotografía. Si los padrinos acompañan en la fe al recién bautizado, debo decir que desde el inicio de mi vida sacramental me hallé ya desamparado. Me bauticé en la iglesia que hoy pertenece – no sé si también entonces – a las “Hermanitas de los Pobres”. Cada navidad, cuando vuelvo a mi ciudad, visito el magnífico belén que allí se monta. Siendo una residencia de ancianos, mi madre, ya muy deteriorada su salud, nos pidió ingresar en el asilo

para no ser una carga pesada. Contra mis deseos, acudí al arzobispo de Zaragoza, conocido mío – había sido mi director en un colegio – para rogarle un “empujoncito”. Sin embargo, no fue necesaria mi “carta de recomendación” pues mi madre murió un año antes de haber recibido una respuesta por mi enchufe espiritual.

Mi primer recuerdo personal - ¿no lo son acaso todos los recuerdos?- es el día de mi primera comunión. Tenía unos siete años, esa edad en la que se afirma, sin razón alguna, que comienza el uso de la razón. Tardía fue la fecha, precisamente el día de mi santo, un santo importante donde los haya, pues es nada menos ¡y ahí es nada! que el apóstol de los gentiles, el perseguidor de Cristo. En aquella jornada alcanzamos la temperatura extraordinaria de cuarenta y tres grados, no sé si

al sol, a la sombra o acaso a la penumbra. Apenas acabada la ceremonia, con el ardor de la fe todavía sin apagar, me despojaron del traje de marinerito para zambullirme como náufrago en un barreño de agua fría que no logró apagar el fuego de mi emoción católica. Como es costumbre, mis tíos, y demás comensales, me hicieron regalos: una pluma, una biblia, un globo terráqueo, trescientas pesetas, etc. Mi hermana, con espíritu contable, iba anotando los presentes para saber quiénes se habían alargado y quiénes se habían encogido el bolsillo. Aquello de que la mano derecha sea ignorante de lo que hace la izquierda, no tiene demasiados adeptos entre los cristianos. He visto capillas con su correspondiente placa donde se hacía recordar que la reparación de esto o aquello había sido hecha por la familia ésta o aquella. Y,

todavía más, vi una vez trabajando en Marruecos a un hombre con una silla de ruedas donde aparecía escrito: “Regalo del Rotary club”. Menos mal que en los dientes no se ponen placas o, si se hace, no es fácil de verlas.

Yo siempre he sido, a pesar de las apariencias, muy sensiblero más que sentimental. A mi edad, incluso, me he vuelto más llorón. Aquel día de mi comunión yo creo que las alcantarillas hicieron aumentar el caudal del sagrado Ebro, que pasa despacio y en silencio para no despertar a la virgen del Pilar. Aunque cuidadoso de derretir en la boca la forma sagrada, para no “morderla”, y desconociendo el dogma de la “transustanciación”, aquel acto no me parecía “real” sino un simbolismo de “este es mi cuerpo”. Me preguntaba si era una eucaristía a medias no beber la sangre

transformada en vino. Años más tarde he visto esa eucaristía “completa”, incompleta por razones pragmáticas, en una abadía belga cercana a un hogar de enfermos mentales en el cual trabajé durante unos meses.

El sacerdote que me dio la primera hostia – como filólogo de *pro* me gustaría saber el origen bastado de la segunda acepción- era muy nuevo en la parroquia. No tengo nada que decir sobre aquel hombre, al que veo en mi memoria, y en las fotos, como un cura de mediana edad con unas gafas de montura delgada. Por el contrario, me acuerdo perfectamente del viejo cura que me preparó con la catequesis para esa solemne iniciación. Se usaba para ello un catecismo de preguntas y respuestas consiguientes mucho más apropiado para participar en un concurso que para llevar las

almas hasta el cielo. Era alto, pálido, quijotesco, tan delgado que parecía salido como un fantasma de un cuadro del Greco. Probablemente, como al hidalgo manchego, el obispo lo retiraba a su casa solariega. Era una buenísima persona muy apreciado en todo el barrio. Había también otro sacerdote, recién llegado, uno de esos curas “obreros”, esos francotiradores del tardofranquismo a los que se les acusaba de hacer política, cosa que no hacían los obispos procuradores en Cortes. De esta parroquia saldrían algunos jóvenes católicos progresistas – yo conocí a uno de ellos – para recibir palizas en las comisarías de ese ilustre salvador de la patria, tan merecedor de monumentos públicos. El hermano mayor de un compañero de juegos perdió un testículo. Este sacerdote hacía también pastoral

entre las pequeñas ovejas de la escuela primaria. Hablaba de las misiones en África y de cómo los misioneros padecen trabajos para llevar a las tierras de negros la fe en Cristo. Compré una biografía ilustrada de Albert Sweitzer y también yo me hice el propósito de llegar a ser un día un médico célebre en un dispensario del Congo. Sin duda el altruismo contaba, pero la celebridad mundial también era muy buen alimento para la vanidad espiritual.

Otro recuerdo vivo en mi memoria es el de las tardes en las que se rezaba el rosario. El aula estaba casi a oscuras y las voces agudas de los niños susurraban como moscardas una cadena de palabras incomprensibles: “*ora pro nobis, ora pro nobis...*”. Los chicos, aburridos por la monotonía, desconociendo aquella lengua extraña, nos

complacíamos en alargar la última s diciendo: “nobisssss”. Y con la mano hacíamos como si atrapésemos mosquitos zumbadores. En mayo llevábamos flores a María, “que madre nuestra es”. Alguna vez he perdido la ligazón de las frases del Padrenuestro, pero nunca se me ha olvidado el Avemaría y, cuando la fe me da saltos de gallina, me viene a la memoria antes la oración a la madre virgen que la enseñada por su hijo. Creo recordar que Unamuno en su *Diario íntimo* dice algo parecido.

Después de mi emotiva comunión recibí, como Dios y la Iglesia mandan, el sacramento de la confirmación. Aunque todavía seguía firme y reafirmado en mi fe, aquella ceremonia no logró emocionarme como en la primera comunión. En esa tarea espiritual me tocó el suplente, el obispo

auxiliar, lo que me pareció no sólo una falta de atención sino también considerarme un católico de segunda división. Ya adulto un obispo auxiliar me hizo escribir al Vaticano para quejarse de que el titular lo usaba como “florero”.

    Mi madre, sin ser una beata, era una cristiana sincera. Pero no de la Iglesia católica... española. Nunca pudo olvidar que su hermano, con dieciocho años, fuera fusilado junto a doscientas personas más del pueblo mientras su pastor no solamente no movía un dedo por sus ovejas sino que alzaba los cinco con el saludo fascista. En la puerta teníamos una imagen del sagrado corazón y cada dos semanas varias vecinas se turnaban para tener en casa la virgen del Carmen metida en una caja. Mi progenitora tenía inquina a Pío XII. Y no sólo por su cara de palo y su aire de burgués

intelectual. No le perdonaba haber eliminado el sábado de gloria para trasladar la resurrección al domingo. ¿Hace falta decir que mi madre se llamaba Gloria? Por el contrario, ella, hija de campesinos aragoneses, adoraba la bonhomía del campechano Juan XXIII, aquel de un “*aggiornamento*” ya tan lejano que requiere pasar otra vez la esponja del evangelio por la piel de tanto episcopado. En cuanto a mi padre no era ni creyente ni incrédulo. Ni clerical ni anticlerical. Acudía a misa sólo cuando era preciso, y lo hacía sin fervor ni rencor (jamás habló de su hermano mayor, al que siendo niño no recordaba, sepultados sus huesos bajo ese Peñón de hipócrita reconciliación llamado Valle de los Caídos, y horadado con secuelas y penosamente, entre muchos prisioneros, por un tío político, muy

querido por mí). Sencillamente era indiferente a la religión. Sin embargo, una vez le escuché decir que era absurdo pensar que un cadáver pudiera levantarse. No creía por tanto en la resurrección, piedra angular del cristianismo. Me hubiera gustado poder estar en su último minuto con vida para decirle: “no tengas miedo”. Yo no lo tengo porque no temo perder la vida sino desperdiciarla sin haberla vivido.

Un momento importante en mi vida religiosa fue cuando leí a mis trece años y con el esbozo de un bigote asomando las *Confesiones* de san Agustín. Aquellos remordimientos por el robo de una pera, y ese pesar del amor al mal por el mal mismo, me parecieron excesivamente escrupulosos. Sin embargo, su lirismo retórico – en el buen sentido- entusiasmó mi alma juvenil. Mayor motivo

de pena tendría Rousseau cuando acusa falsamente a una muchacha, criada de unos nobles, del robo de una cinta habiendo sido él mismo el ladrón. De la lectura de aquel libro nació el deseo secreto de convertirme en un monje silencioso en un monasterio perdido en una montaña. Aún hoy todavía me gustaría pasar alguna semana de retiro paseando en un claustro románico, orando y laborando, y durmiendo en una habitación desnuda de adornos. ¡Hay a veces tanta voluptuosidad en una celda austera! Pero probablemente me llevaría antes que al Kempis a un autor profano.

Yo asistía con gusto y a solas a la misa dominical. En aquellos días yo estudiaba en clase el electromagnetismo y, siempre aficionado a la metáfora, comparaba a los imanes con mi

sentimiento hacia la Iglesia. En ella, atravesado por su corriente, Cristo se convertía en “imán de horizontes”, como llama Juan Ramón a Ortega. Pero una vez fuera, en la calle, esa atracción disminuía hasta desaparecer casi por completo. En aquellos años anteriores a la muerte del dictador, todos se declaraban católicos, pero – como entonces, y ahora, se decía- “católico no practicante”. Ese catolicismo sociológico cree que la religión se limita a la asistencia a la misa, cuanto más mejor. Yo no sé si la eucaristía es el centro de la vida cristiana. Sin embargo, sé que la caridad no es una tutoría: “se ama lunes y jueves, de cinco a siete”. El cristiano lo es las veinticuatro horas del día.

En las puertas del bachillerato dos autores, de valía muy desigual, fueron importantes en mi

catolicismo adolescente: el catalán Balmes, que reforzó mi creencia en estar en el buen camino lejos de los extraviados protestantes, y el racionalista Descartes, cuyo *Discurso* me presentaba un Dios “sin alma”. Hasta la entrada en la universidad mi sentimiento religioso se concentró únicamente en la poesía “a lo divino”: san Juan de la Cruz, Fray Luis de León, El Cantar de los cantares, etc. Ya en la Facultad, en el segundo curso, escribí un comentario a un verso del amigo de santa Teresa. Contra mi voluntad, este artículo fue publicado y no me arrepiento hoy de que no se me tomara en cuenta. Siempre me ha sorprendido en el evangelio que Jesús le diga a un enfermo que no revele el milagro y éste se vaya luego corriendo a proclamarlo a los cuatro vientos.

El cristianismo también se ha propagado contra la voluntad de Jesús.

Y entré becado en un colegio cuyo fin era la formación de “intelectuales católicos”. Pero ¿era yo acaso un intelectual? ¿Era de veras un católico? Aquella institución universitaria – o mejor dicho, su joven director - me hizo descubrir la existencia de un catolicismo de mentalidad abierta, muy alejado de las viejas actitudes preconciarias, y dispuesto a dialogar con el mundo moderno desde las raíces cristianas. En la librería del “castillo” leí algunas páginas – más bien las hojeé deprisa – de aquel solterón cántabro, el martillo de herejes. Yo recuerdo cómo mi paisano Cajal dice que, oyendo maldecir a sus maestros sobre los krausistas, los chicos les tomaban afecto causado por la curiosidad hacia lo prohibido. Algo así podía decir

yo acerca de algunos heterodoxos maltratados por el campeón de la ortodoxia. Aprobadas milagrosamente e inesperadamente las oposiciones, se debía pasar una “novatada” sorpresa consistente en superar un examen de religión. Si se suspendía se perdía la beca. Me encerraron en una habitación para desarrollar el tema “Evangelios apócrifos”. Yo, que solamente conocía como apócrifo el Quijote de Avellaneda, me resigné a tomar las maletas de vuelta a casa derrotado por el bachiller Sansón Carrasco.

Años más tarde, flamante licenciado en paro y viviendo en un cantón de Suiza donde trabajaba en un hotel como “chico de la casa”, sentí la necesidad de visitar la iglesia de un pueblo cercano. Extrañado de la patria, quizás extrañaba también mi querida catedral del Pilar. De niño mi

padre me alzaba para besar los pies de un Cristo crucificado que se halla en una capilla cercana a la entrada. Yo he seguido la misma tradición levantando a mi hija hasta los pies del nazareno mientras su altura no los alcanzaba. Por mí, que no quede. En aquella iglesia protestante mi fondo católico, y español, se rebeló contra la desnudez de aquellas paredes. ¿Dónde estaban las imágenes? ¿Y los santos? Esto suscitó una discusión artística entre una suiza alemana, horrorizada del barroquismo, y un paisano de Miguel Servet, horrorizado por tanta frialdad. El pagano Goethe admiraba en el catolicismo de los jesuitas saber atraer a la fe católica mediante el arte sacro y el uso de los sentidos. A la salida del trabajo, mirando el lago donde se encuentra la isla en la que se retiró Rousseau, contemplaba la naturaleza

y pensaba que aquellas montañas eran el templo más hermoso que la geología había construido para el Señor. Casi hubiese podido decir con Renan eso de “aquí la liturgia es tan bella que no hace falta Dios”. Cuando leí la *Vida de Jesús* de aquel linfático apóstata me dije: mucho para ser un hombre, poco para ser un Dios.

En Valencia había conocido el modelo de sacerdote intelectual, aquel que sostiene la fe católica desde la trinchera de la razón. En París, durante un corto tiempo, conocí al sacerdote que hace visible la fe en el rostro de los más pobres. Este cura francés, medio polaco y medio español, se halla en proceso de beatificación y sería ya santo si tuviese un padrino con mayor influencia en el Vaticano. Ahora predomina la moda de que los Papas se rasquen las espaldas y se hagan

santos entre ellos mismos. El que siga, que pase la aureola. Cuando me lo presentaron, el compañero del *Abbé Pierre* me tomó de los codos y me sacudió como una coctelera diciéndome: “tú serás el encargado de propagar nuestro Movimiento en toda América”. Yo me sentí como si el mismísimo Carlos I en persona me encomendase la misión de extender el imperio desde California hasta la Patagonia. En Caracas, por el contrario, conocí el modelo del sacerdote que no era ni intelectual ni buena persona. Mucho don Bosco, pero...

En la capital venezolana me casé, con una de esas bodas de “verdad”. Muchos hombres y mujeres, alejados ambos de la Iglesia, desean unirse mejor ante un representante de Dios que ante un juez o concejal, representante de los hombres. Y, dejando de lado la pompa estética, esa

intención de dar al amor su mayor altura me parece encomiable. Y, después, que el hombre pueda separar lo que Dios ha unido. También los curas se secularizan y las monjas de clausura se salen del convento.

Ahora, después de muchas volteretas, he caído de pie en la biblioteca de un seminario como gobernador de varios miles de libros insurrectos. Y en esa ínsula de Barataria me encuentro hoy todavía, si juntos Dios dándome salud y la lotería dándome dinero no lo impiden.

Debo para llegar a mi cabina de mando atravesar la iglesia – bellísima- donde una docena de feligreses asisten a la primera misa de la mañana (algunos con un móvil en la mano, como si fuese un breviario para laicos tecnológicos y maleducados). Éstos, como imanes que se repelen,

se sientan lo más distante entre sí que pueden hacerlo. Y cuando se dan el abrazo de la paz, salvan la distancia con un leve movimiento de cabeza, como si se reconocieran de lejos. O bien extienden prudentemente la mano temiendo que se la quiten. En Santo Domingo y en Caracas, me divertía que este momento se transformara en una fiesta donde los de la primera fila agitaban con ostentación de náufragos los brazos a los de la última ruidosamente. Como debo cruzar entre el sacerdote y los participantes en la misa, para no escandalizar y mostrar el debido respeto, me cuadro delante del altar haciendo la señal de la cruz. Después de todo, es de buena crianza decir “que aproveche” cuando se pasa por un banquete en el cual no se está invitado. Y el momento más duro es pasar ante el cuadro de la Última Cena y

en el cual se ve a Judas tornando la cabeza como si fuera para mirarme hurgando en mi conciencia de réprobo. Y ya en el fondo, Cristo, parece decir a este Bruto: “¿tú también, hijo mío?”. Sin embargo, creo que la historia ha tratado mal al Iscariote. El hecho de que se suicide arrepentido es ya un acto moral superior al de quienes “no han salido del armario” del dogma para evitar las consecuencias negativas de esta decisión. Por otro lado, hay justos que pagan por pecadores. A san Judas Tadeo, por muy santo que sea, no le basta su santidad como desagravio, pues ¿quién osará bautizar a su hijo con el nombre del traidor? Otro santo injustamente tratado ha sido santo Tomás, no el buey mudo, sino el de “ver para creer”. Se censura que quiera meter los dedos en las llagas para comprobar que es Cristo, pero muchos ni

siquiera serían capaces de ver el cuerpo de Cristo con las llagas.

Si he sido católico en mi juventud, nunca he sido anti-católico en mi madurez. Ya pasado de sobras el “mezzo cammino della mia vita”, en mi descenso hacia no sé qué y hacia no sé dónde, mi religión se concentra en un principio cristiano que pueden asumir todos los hombres de buena voluntad: “ama a tu prójimo”. O, al menos, amar a los que más se pueda y detestar a los menos posibles. Espero que este principio pueda representarse en forma de asíntota.

Finalmente mi experiencia religiosa renació unos meses de un modo interesado. Yo tomaba a Cristo como medio, no como un fin en sí mismo. “Utilizaba” al Señor, me servía de su poder como un taumaturgo. Mi oración era petición, no

agradecimiento. Sin embargo, claro está que nadie le ruega “ganar la lotería” sino curarse a sí mismo o sanar a un hijo que sufre un cáncer. Mi depresión supuso el descenso a los infiernos. Yo era un Job desprovisto de la fe y sin amigos que me calumniaran diciendo que “algo malo habrá hecho”. Cierta día, arrodillado ante un Cristo situado en el coro, cubierto de lágrimas amargas, rezaba yo desesperadamente para ser “el de antes”. Y entonces vi un haz de luz que salía de la cabeza de Jesucristo. Creí que se operaba un milagro, mas acercándome comprobé que se trataba del reflejo del sol en la corona metálica. Y sentí vergüenza de mi credulidad, pero también vergüenza de mi orgullo racionalista. Me vinieron a la mente aquellas palabras dichas en una reunión de sabios en ... ¿la Sorbona? Decían esto:

“Aquí no sucederá un milagro nunca porque Monsieur Renan lo ha decretado”. Sí, el ateísmo es también una fe con sus dogmas negativos. Aquella depresión profunda me hacía levantarme cada mañana bañado en lágrimas y pasar todo el resto del día luchando y alejando de mí la idea terrible del suicidio. Antes que pecar contra Dios, pecaba contra mi familia dejando a mi esposa viuda y a mi hija huérfana. Quienes ven cómodamente los toros desde la barrera no conocen la desesperación, el profundo deseo de acabar del todo con esa tristeza infinita e incomprensible. Siempre me había indignado la falta de caridad de la Iglesia apartando a los suicidas tras la tapia – el muro de la vergüenza - de un cementerio “normal”. Aquello de “venga a nosotros tu reino” tomaba tierra y manifestaba lo que en la escatología cristiana se

conocerá como la doctrina del infierno. Aquí los benditos del Padre, y allá...

## 2

Hasta aquí he contado mis vivencias con la religión en la que nací, pues no conozco otra. Podría decir aquel chascarrillo: “no creo en mi religión, que es la verdadera, y voy a creer en otras”. Pero ¿cuál es mi credo, mi pensamiento sobre la religión? En algo -dije – hay que creer.

Decía Ortega que un náufrago debe aferrarse siempre a una tablas de salvación para no hundirse. Me disgustan aquellos hombres que como Schopenhauer maldicen la vida. El pesimismo, cuando no es una característica personal y tiene ínfulas de sistema filosófico, es una doctrina ruin que pretende extender la infelicidad personal al resto de los hombres. Tal vez sus defensores escriben con la pluma para no tener la ocasión de dispararse en las sienes con el gatillo. Y así, con ello, prueban que la vida es un valor superior a la muerte. A pesar de mis deseos de morir, un día me encontré en la calle a un loco borracho llevando un cuchillo y, entonces, sintiendo que aún estaba vivo, temí acabar mis días a manos ajenas.

Yo nunca sentí que el suelo se abriera bajo mis plantas sino ese goteo que vacía lentamente la cisterna. Y, como ésta era plena, mi fe aún conserva todavía la humedad. Nunca he caído en ese materialismo grosero de los ateos del siglo XVIII. El hombre no es, como quiere La Mettrie, una máquina. Pero ¿no había dicho lo mismo el católico Descartes sobre los animales? ¡Y el hombre es también un animal, tan social como las abejas y, a veces, más irracional que los mismos brutos sin razón! Desde mi depresión la imagen pueril de un espíritu inmaterial guiando como un piloto la nave del cuerpo se me desvaneció. Yo era otro, era “la herida y el puñal”. Pero san Agustín, bebiendo del platonismo, había desviado el curso del cristianismo. Pero no quiero aquí hacer filosofía

estando en pañales mis conocimientos sobre filosofía. Conozco mis propios límites.

No es justo, además de ser absurdo, hacer demanda al cristianismo bajo las acusaciones hechas a la Cristiandad. Si la derecha pretende conservar el voto tradicional del catolicismo sociológico – ese que no sabe que la cláusula *Filioque* le hace heterodoxo para los ortodoxos-, hay también una izquierda necia que “desprecia cuanto ignora”. Todo aquello que huele a incienso y sacristía les parece oler también a azufre. No, no pertenezco a esa raza de hombres aduciendo vulgares tópicos: la Inquisición, las cruzadas, Galileo, etc. Siempre se podría citar la historia de aquel judío narrada en el Decamerón: una Iglesia que sobrevive a pesar de tanta corrupción e

inmoralidad debe necesariamente contar con el sostén divino.

Decía santo Tomás que todo es movido por algo hasta llegar al motor inmóvil que lo mueve todo. Pues bien, en la historia no hay un hecho histórico que no proceda de otro hecho histórico anterior. El nuevo testamento es la estatua que se alza sobre el alto pedestal del Antiguo Testamento. No existiría Jesús sin Moisés ni Moisés sin Abraham. Sin coincidir con el hereje Marción, nadie puede negar que Yahvé, el “señor de los ejércitos”, no se presenta con los mismos rasgos y las mismas características que el Dios Padre de los evangelios. Éstos, como también el Pentateuco y los demás libros de la Biblia, se fundan todos ellos en una tradición literaria, un mensaje transmitido durante milenios a través de los textos escritos.

Pero cualquiera que conozca los pormenores en la edición crítica de un libro medieval sabe muy bien los muchos problemas que esta edición presenta. ¡Cuánto más cuando un documento se halla alejado muchos más siglos y se ha traducido del hebreo al griego con la versión de los Setenta y luego a la Vulgata latina, para acabar en las varias lenguas romances y en la traducción al alemán de Lutero! ¿Y puede llegar acaso la pulpa de la sagrada Biblia hasta los yanomanis del Amazonas venezolano y a los bantúes del África negra? El etíope de los *Hechos de los apóstoles* pide una explicación al protomártir san Esteban, pero los aborígenes australianos requerirían también una explicación previa a la explicación. El río cristalino se enturbia en el cauce desde el manantial hasta la desembocadura. ¡Tantas contaminaciones

provocadas por tantos copistas! ¡Tantas voces intraducibles o carentes de sentido en una realidad histórica muy alejada! Un texto sagrado escrito está sujeto al mismo análisis que cualquier documento histórico. Yo había escuchado citar la frase – retomada por varios - “la claridad es la la cortesía del filósofo”, pero lo que dijo exactamente Vaubernargues, su autor, es “la claridad es la honestidad del filósofo”. Y no es lo mismo. Una supone condescendencia; otra la honradez de quien no estafa con palabras oscuras que encubren lo superficial del pensamiento. Una enmienda a la otra. De la misma manera, yo aprendí el Padrenuestro pidiendo perdón por nuestras “deudas”. Las “deudas” son hoy “ofensas”. Y no es lo mismo. Tal vez los exégetas, los especialistas en filología semítica, se hayan acercado más al

verdadero texto original. Sin embargo, varias generaciones de cristianos, incluso dando a la palabra “deuda” un sentido amplio, han vivido instaladas en un error inveterado y rezando mal una oración supuestamente enseñada por el mismo maestro a sus discípulos. La crítica racionalista de los evangelios pone a prueba la solidez de la fe. Se diría que la mente del intelectual católico está dividida en dos compartimentos estancos. Puede aceptarse en uno lo que se rechazaría en el otro. Existe en los evangelios un pasaje muy claro de este hermetismo de la fe sometida a la razón. Nada hay de extraño en que un adolescente piadoso, algunos aventajados o solamente sabidillos, disputen con los sabios de la Ley mosaica en el templo. Creo que Flavio Josefo señala este hecho como normal. Y

tampoco es absurdo que una caravana se divida en dos durante una marcha larga, o que cada progenitor piense que su hijo se halla en el otro grupo. Hasta aquí nada hay de sorprendente. Ahora bien, cuando José y María vuelven sobre sus pasos encontrando a Jesús en el templo le recriminan que los haya tenido preocupados. Y entonces Jesús les responde: “¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi padre?”. El texto añade, y aquí está lo verdaderamente extraño: “pero ellos no entendieron lo que decía”. Y bien: ¿acaso no había recibido María la anunciación del Arcángel diciendo que concebiría por el Espíritu Santo al hijo de Dios? ¿Y el ángel no previno también a José para que no repudiase a la virgen? Y ahora el evangelio afirma claramente que “ellos no entendieron lo que decían”. Podría pensarse que

en dicho “documento” escrito y transmitido, los autores olvidan su misión de “encarnar” a Dios en un hombre. Cualquier exégeta católico, juzgando un libro profano, advertiría aquí una contradicción, la interpolación de una mano extraña. ¿Sabemos de veras, con certeza absoluta, lo que se dice que dijo Cristo? ¿Conocemos sus palabras exactas y el sentido preciso en su propio contexto? De María se sabe muy poco, y de José aún menos todavía. ¿Y puede afirmarse que los treinta años “oscuros” de Jesús no tienen ningún valor para conocer bien al hombre que predicó en tiempos de Poncio Pilato y murió en la cruz? ¿Puede construirse sobre las arenas movedizas de una historia mal conocida? En cualquier caso, Jesús, verdadero hombre, y verdadero Dios para el cristiano, vino a darnos un mensaje, no a crear una

teología. El Dios de los filósofos es el mismo Dios de la *Suma teológica* del tomismo: una construcción de la inteligencia humana ya sea para sostener la fe ya para atraer hacia ella. Los eruditos cervantistas deshuesaban el Quijote para interpretar el sentido de “duelos y quebrantos”, y perdidos en las líneas, se perdían las páginas y el significado del libro entero. Así los teólogos, que no hablan “de” Dios, sino “por” Dios suplantando a los verdaderos profetas. El mensaje de “amar al prójimo” es más cristiano, y universal, que el dogma de la santísima Trinidad que, por cierto, hubiese podido ser un cuarteto si trescientas personas reunidas en una Asamblea llamada Concilio así lo hubiesen decidido... y definido. En un cónclave el papa nuevo es elegido por el

Espíritu Santo y ... (nueva pausa) por los votos de los bandos “intraeclesiales”..

A veces, si supiera dibujar, representaría un aula de teología donde los seminaristas copiasen los apuntes dictados por el profesor. En un rincón estaría Cristo, arrodillado cara a la pared. Y abajo del dibujo estaría escrito: “por no saberse la lección de dogmática”. Creo que el humilde cristiano, aquel que cuida amorosamente de sus hijos y paga religiosamente sus impuestos al César sin defraudar a la sociedad, creo que ese hombre bueno se sentiría confundido al leer títulos como éste: “La extensión del carisma de la infalibilidad al objeto secundario del magisterio eclesiástico”. El Jesús de la historia ¿es el Jesús de la fe? Decía Unamuno aquella *boutade* de que el escritor Cervantes era inferior al personaje del

Quijote. Pues bien, el famoso hidalgo -contra su derrota final, fracaso humano- vence también al cuerdo Alonso Quijano. Éste no existe sino para aquel. El Cristo de la fe lleva al hombre hasta “lo máximo que puede ser”, a las puertas de la divinidad.

Como hombre Jesús supera a otros fundadores de religión, a Moisés y también a Mahoma. No debe huir por haber matado a un egipcio, como hace quien recibe de Yahvé las tablas de la Ley. Tampoco asalta con trescientos guerreros a una caravana, como hace el profeta de Alá. Pero las tres religiones del libro, emparentadas entre ellas, se disputan la condición de ser la única religión auténtica. El filósofo Lessing refiere en “Natán el sabio” la historia de un rico que regala a sus herederos tres anillos

iguales sin decirles cuál es el verdadero. ¿Es el judaísmo? ¿El cristianismo? ¿El islamismo? Si las razones no dan a nadie la razón, el argumento del número tampoco sirve para decidir sobre la cuestión. El cristianismo se extendió en un marco geográfico amplio ganado por las espadas de las legiones y logró más tarde con el edicto de Tesalónica – propiciado por la libertad de culto de Constantino - ser la religión oficial de Roma. Clodoveo abandona el arrianismo y toda Francia se hace cristiana. Y en España lo mismo hace el visigodo Recaredo. Los arcabuces de los conquistadores españoles aumentan el número de los católicos en el nuevo mundo. Si los jesuitas hubiesen convertido a la emperatriz de China, millones de personas serían bautizadas dentro de la Iglesia. Hoy solamente pululan en aquel asiático

“imperio del centro” algunas pequeñas comunidades de herejes nestorianos. En cuanto a los musulmanes deben la multitud de sus fieles más al alfanje de los árabes fanatizados que al mismo Corán. Los judíos, en guerra con los “palestinos” de hogaño— o sea, “flisteos”, pues es el mismo nombre— antaño pelearon con los cananeos para ganar militarmente- ¡qué ironía! - la tierra prometida por un Dios que pide “la paz sea con vosotros”. Pero a qué seguir señalando cosas que cualquier hombre, con sólo una mediana, y aún escasa, formación religiosa, conoce sobradamente.

Y bien, volvamos al comienzo: “en algo hay que creer”. ¿Y en que creo yo? Pues creo que el hombre bueno hace buena la dignidad del hombre. Y que, aun si aprobamos el bien, y hacemos luego el mal, el hombre se embrutece rebajando su

altura en el orden moral. Sea cual sea el destino final del hombre, hemos de intentar vivir siempre con la cabeza alta hasta que llegue la muerte. Y después, sea lo que sea, no debe importarnos. No tengo por bondad la que espera una recompensa cualquiera, ya sea una parcela en el cielo, la admiración de los hombres, vivos o futuros, la tranquilidad de la propia conciencia lavada, y ni siquiera la de aquellos que tienen la esperanza oculta de que obtendrán algo de todo ello aunque sea “por añadidura”. Tal vez sea una paradoja, pero solamente el nihilista, aquel que hace el bien “a fondo perdido” y sin creer en una salvación, en el olor de santidad mundana, en la satisfacción de la propia conciencia, el hombre que piensa que nada del bien que haga puede serle jamás de utilidad alguna, ni siquiera de propina, ese es el

hombre virtuoso por excelencia. Pero sí sé que de todas esas cosas no depende que el mercader no engañe en el peso de la balanza ni se falte a la palabra dada. Desconozco si hay Dios o no lo hay, si hay resurrección o no hay otra vida. El deseo de que exista Dios no lo crea si no existe; la creencia de que no lo haya no impide su existencia. Nuestra voluntad y nuestra esperanza no altera la realidad. Cultivemos el jardín de casa con nuestras propias manos. Dejemos a los hombres que vienen después un mundo mejor del que hemos recibido. Algunos poetas me han dado un gozo estético, varios pensadores me han suscitado ideas que nunca hubiera tenido por mí mismo, mis padres me han enseñado unos valores morales y un cierto escritor humorista me ha provocado todavía, después de cuatro décadas muerto, grandes

carcajadas. De todos ellos me reconozco deudor. Y de muchos más.

Y aquí termino esta breve “confesión”. Como no entraré nunca en un diccionario, tampoco habrá jamás una piadosa sotana negra que zumbe en torno a mi lecho para dar fe de que, en el último instante, antes de cerrar los párpados, he abjurado de todos mis errores. ¿Volveré a la fe de mi infancia? ¿Me haré de nuevo pequeño -como dice un poema de Unamuno – para entrar por la puerta baja del cielo? No puedo saberlo. Como dicen los bretones: “*peut être oui, peut être non*”. ¿Quién lo puede decir? La conversión y la apostasía, secretos del alma, son el haz y el envés de las religiones. Cada cual las juzga desde la raya de su frontera religiosa. ¿Que Blanco White se hace anglicano? ¡Tanto para los ingleses! ¿Que Chesterton se

convierte al catolicismo? ¡Empate para los papistas! Puede que yo haya sido un mal vasallo de un buen Señor al que ignoré y que la evaporación de la fe tenga su origen en que no haya sido ésta adecuadamente solidificada sobre la roca fuerte. Bertrand Russell escribió el libro “Por qué no soy cristiano” y otro filósofo de menor fuste escribirá mucho después “Por qué soy cristiano”. Ambas afirmaciones me parecen rotundas, demasiado categóricas. Debajo de mi manto, yo diría: “Por qué me gustaría ser cristiano”. Yo hago parte de esos hombres que, según Machado, “buscan a Dios entre las nieblas”. Un día, como a todos, llegará mi último día. Quisiera que sobre mi tumba figurase el siguiente epitafio: “¿Era esto la vida? Gracias”. Y entre paréntesis, en letras capitales.

A QUIEN CORRESPONDA

Pablo Galindo Arlés

1 de octubre de 2020